6817

Marmor en tierra
un acto

Sanz Perez

MARINOS EN TIERRA,

PIEZA EN UN ACTO Y EN VERSO,

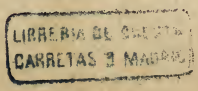
ORIGINAL DE

DON JOSÉ SANZ PEREZ.

Representada por primera vez, con extraordinario éxito, en el Teatro de la Zarzuela el dia 3 de Noviembre de 1868.

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1872.



PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CONSUELO, viuda.....	Sta. Castro.
JUANA, criada.....	Sra. Dardalla.
DON EDUARDO LEMOS, capitan de fragata.....	Sr. Zamora.
CURRO CORALITO, marinero.	Sr. Mario.
EL BARON DE LA AZOFAIFA.	Sr. Alisedo.

La escena en Madrid.

Esta obra es propiedad de D. Eduardo Hidalgo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. GULLON é HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DEDICATORIA,

A MARIO.

Saur Perez.

675406

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/marinosentierrap516sanz

ACTO ÚNICO.

Habitacion decentemente amueblada. Puerta al foro que supone dar á la ante-escalera. Otra á la derecha que da al interior de la casa. Ventana de pecho á la izquierda. Un velador al costado. Enfrente un confidente y dos butacas: ademas los adornos convenientes, entre los que figuran sobre una chimenea dos candeleros de plata.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, quitando el polvo con un plumero.

JUANA. De tanto tragin estoy
que se me saltan los huesos.
¿Cuándo querrá Dios que deje
este maldito manejo?
¡Y cuándo querrá que rompa
esos malvados pucheros
y cazolones y ollas
y platos y otros insectos!
¡Ay qué suerte tan maldita!
¡qué aborrecida la tengo!
¿Podrá ser este un castigo
que me ha deparado el cielo?
Todas suelen tener novios
malos, medianos, ó buenos,
ya soldados, ya seglares,
altos, chicos, blancos, negros,
un bulto con quien casarse,
pues, un bagaje casero
en quien adiestrar las uñas,
cuando soplen malos vientos,
y me traiga la puchera

y pañolones con flecos.
Uno sólo en Cartagena
cuando fuimos con don Pedro,
el inspector, á los baños;
asentadita en un cerro
de la playa con los niños,
encontré una noche, pero...
no le hablé más que seis horas
que como instantes corrieron.
Ay! lo vide con la luna
y me pareció un lucero.
¡Vaya un tunante! me dijo
unas cosas, que mi cuerpo
se llenó de jormiguillas
desde los piés hasta el pelo.
Era andaluz, y la cruz
le hice, pues como provecho
de él no podia sacar,
porque era marinero,
se fué dejándome llena
de brea el muy mostrenco
el traje de los chiquillos
y mis brazos y el pañuelo;
en mi vida he visto un hombre
con más cola, mas dejemos
esos recuerdos, que ponen
largos los dientes; pensemos
en tener juicio y paciencia,
y al ménos ganaré el cielo.

ESCENA II.

DICHA y EDUARDO, que aparece conducido hasta la puerta foro por el criado. Entra con la gorra puesta; al verle Juana esconde el plumero á la espalda dándose tono de señora. Don Eduardo, que conoce la pretension, se quita la gorra, y haciendo un fino saludo, dice:

EDUAR. Señora... á los piés de usted.
JUANA. (Con rufianería.) Un poco más alto.
EDUAR. Bueno...
¿Me dirá usted si le place

y me dispensa ese obsequio,
á quién tengo el gusto de...

JUANA. Soy el ama de gobierno, (Con amargura.)
cocinera, planchadora,
y doncella al mismo tiempo.

EDUAR. De nada, ni aun de lo último
que poner objecion tengo.

JUANA. (Con enfado.) Pos no que no, no faltaba
otra cosa, caballero.

EDUAR. No se enfade usted, señora,
mi ánimo al decir eso
no tuvo gota de ofensa.

JUANA. Pos para mí fué aguacero.

EDUAR. Pues abra usted su paraguas
y cúbrase, que entra viento,
y vamos á mi negocio.
Soy don Eduardo Lemos,
marino, hijo de Cádiz,
de donde ahora mismo llego
á presentarme desnudo...

JUANA. (Mirándole con atencion.)
¡Ay! ¿desnudo, cómo es eso?

EDUAR. Quiero decir, sin cuidarme
de atavíos ni embelecos,
con el traje de camino!
¿Y sabe usté á lo que vengo?
á cumplir fiel un encargo
que con interés me hicieron.

JUANA. Trae usté quizá una visita?

EDUAR. No señora, tres lo ménos,
suponiendo aquí vivia
la viüda de Quintero.

JUANA. Sí señor, esta es su casa,
pero ha salido á paseo.

EDUAR. ¿Tardará mucho en volver?

JUANA. Eso no lo sé hasta luégo.

EDUAR. Es decir, despues que vuelva.

JUANA. Pos cabales!

EDUAR. Pos comprendo.
Pues entónces me decido
á esperarla aquí, me siento.
¿No le parece á usted bien?

JUANA. Á mí qué se me da de ello,
pero tengo mis quehaceres...
y vamos, como mi empleo
es de cuidar de la casa,
porque al fin no conociendo
á las personas que vienen
ahí volanderas, y aluégo...
hay tanto pillo, y despues
hay aquí dos candeleros
de plata y...

EDUAR. ¡Já, já!
Te comprendo, cancerbero,
descuida, ningun ladron
se lleva nada durmiendo,
voy á descansar un rato.

JUANA. Pos mi señora, lo ménos
no vuelve ya hasta mañana.

EDUAR. No me importa, esto está bueno,
aquí pasaré la noche
gozando tranquilo sueño.
(Se desabrocha la levita y chaleco.)
Me desabrocho, acomodo,
(Lo hace en una butaca.)
y dispensa si me duermo.
Yo... no ronco, y si roncase,
haste cargo que el puchero
hierve, y estamos en patas.

JUANA. Ronque usted como un becerro,
que no me asustan ronquidos,
porque no me asustan truenos.
(Pero estoy comprometida
con el tio posma, si el necio
del Baron viene y lo ve...
que es más celoso que un negro.)

EDUAR. (Mal acomodado.) ¿Dígame usted, y en Madrid,
cuando hay que matar el tiempo,
qué hacen ustedes?

JUANA. (Siempre rufiana.) ¿Aquí?
Se reza un poco á los muertos,
y á los soldados de plomo,
¿ha entendido usted?

EDUAR. Entiendo.

¿Y usté es de esta tierra?

JUANA. ¿Yo?
De la calle de Toledo;
allí nací á mucha honra,
y nunca mi patria niego;
y er dia de las castañas,
cuando se armó aquel meneo,
hice en una barricada
con un retaco más fuego
que tiene el sol en su arma
y en sus fraguas el infierno.
(Limpiándose las lágrimas.)
Allí el pobre de mi padre
de un balazo quedó muerto.

EDUAR. ¡Pobrecilla! ¡pobrecita!
¡hé ahí la imágen del pueblo:
lágrimas vertiendo y sangre,
y dolores y tormentos,
para darle á los malvados
que en la rapiña vivieron,
con su paciencia, la sombra,
con su sangre, sacro riego!
(Al concluir, pasa por su lado Juana con los dos candeleros de plata, uno en cada mano, que habrá cogido de la chimenea.)
¿Cómo te llamas, doncella?

JUANA. ¿Pa qué quiere usted saberlo?

EDUAR. Porque me has interesado
con tu relato sincero.
Eres liberala?

JUANA. (Dejando en el suelo los candeleros con cuidado y poniéndose en jarras.) ¿Yo?
más liberala que Riego.
Como semos, la verdá,
toditos los madrileños.
¿Y usté es liberal?

EDUAR. Tambien,
soy de Cádiz...

JUANA. (Con entusiasmo.) Más no hablemos,
que en diciendo Cádiz, es
decir libertad al pelo.

EDUAR. Gracias! si, tienes razon;

Cádiz, mi patria, es modelo
de pueblos libres, sagrario
de ese bien que nos da el cielo,
que conserva puro oculto
y adorado, cuando el hierro
de la infame tiranía
cadenas da á nuestro cuello;
pero aunque esos hierros viles
mortifiquen nuestro cuerpo,
la libertad se adormece,
pura como niño tierno,
creciendo en la noble cuna
que en el corazon le hacemos.
Que la libertad es, niña,
puro rocío del cielo.
Es sol divino que al hombre
le da sagrados derechos,
azote providencial
de los tiranos perversos.

JUANA. Pos viva la libertá,
que vivan los hombres buenos,
viva Madrid, viva Cádiz
y la marina...

EDUAR. Y el pueblo
y el ejército.

JUANA. Cabales.

(Cogiendo entusiasmada los candeleros y volviendo á ponerlos en su sitio.)

Ahí quedan los candeleros,
que un liberal no es ladron.
Apriete esa mano.

EDUAR. Aprieto.

JUANA. Duerma usté que está velando,
por usté Juana Conejo.

(Al ir á marcharse aparece en la puerta el Baron.)

ESCENA III.

DICHOS y el BARON.

BARON. ¿No ha venido tu señora?

JUANA. Aún se halla de paseo.
(Ahora se arma la jaqueca

con relámpagos y truenos.)

BARON. (Reparando en D. Eduardo, que al verle entrar se ha fingido dormido. Se acerca á éste y se retira receloso.)
¿Dime, quién es aquel hombre?

JUANA. ¿Aquel hombre? un caballero.

BARON. ¿Y por qué se ha permitido
la libertad ese necio
de venir aquí á dormir?
Anda, vé, corre, despiértalo.
¿Y cómo ha entrado hasta aquí?
¿de qué sirves tú?

JUANA. De aquello.

BARON. ¿Qué es de aquello?

JUANA. Ó de lo otro...

BARON. (Fuera de sí.) ¿Me vas á freir los sesos?
¿para qué viene? ¿qué trae?
¿qué se le ofrece?

JUANA. Yo creo
de que trae una visita
de Cádiz, de allá de un pueblo.

BARON. Sí; ya sé dónde está Cádiz.
Andalucito tenemos.
Pues bien; cógelo de un brazo,
que vaya á tomar el fresco.
(Arreglándose la corbata en el espejo. Eduardo lo ha mirado al soslayo, queriendo fingir que está dormido: hace señas á Juana que se acerque, y dice:)

EDUAR. ¿Qué pito toca este hombre
en esta casa?

JUANA. Mareo:
pretende á la señorita,
y ella, ni agua.

EDUAR. (Volviendo á fingir el sueño.) Me alegro.

BARON. ¡Aún continúa! te he dicho
que lo despaches ligero.

JUANA. ¿Yo? Cualquier dia.

BARON. Obedece.

JUANA. ¿Quién lo manda, usted? no quiero.

BARON. Atrevida.

JUANA. Vaya usted;
¿qué, quizás le da á usted miedo?

¿quiere usted que le acompañe
ó hago subir un sereno?

BARON. (Tocando con delicadeza en el hombro de Eduardo.)
Señor mio, señor mio;
despierte usted, caballero,
que va á venir la señora,
y no me parece cuerdo
que le vea durmiendo así.

EDUAR. (Mirándose todo con admiracion fingida.)
¿Cómo así? ¿pues cómo duermo?
(Riendo con socarronería.)
¿Lo hace usted de otra manera?
¿hecho una rosca, á lo perro?
¿con el pico bajo el ala
como duermen los jilgueros?
¿Ó...

BARON. Señor, usted me insulta.

EDUAR. No, señor; nada de eso;
sino que usted me despierta;
abro los ojos, lo veo;
me hace usted gracia, me rio;
me dice usted de que duermo
de mala manera, y yo,
que de maneras me precio,
le pregunto; usted se ofusca,
me pone iracundo ceño...
y... aquí concluye el sainete,
perdonad sus muchos yerros.
Buenas noches. (Acomodándose en la butaca.)

BARON. (Furioso, sacando apresuradamente la cartera, buscando una tarjeta, que entrega á Eduardo.)
Esa burla,
¿sabe usted, si es caballero,
cómo se castiga? así. (Entregándole la tarjeta.)
¿Ha entendido usté?

EDUAR. (Con calma.) ¿Y qué es esto?
¡Ah! ¡ya caigo, una tarjeta!
¡muy bonita! dos muñecos;
un moro hecho una tortilla;
tres calderas y dos perros;
un casco muy mal pintado;
parece un melon de invierno

de los socatos, cabal.
Bien, muy bien; don Luis Camueso,
Baron de las azofaifas.
Treinta y dos calle del Negro.
Bien ¿y qué?

BARON. ¿No entiende usted?
que me satisfaga.

EDUAR. Bueno.
¿No lo he satisfecho ya?
No sea usted majadero;
déjeme dormir en paz;
cánteme la nana, y luégo
que haya descansado y visto
á la encantada Consuelo,
le daré á usté una estocada,
ó un balazo, ó un...

BARON. Caballero...
váyase usted de esta casa.

EDUAR. ¿Es usted quizás el dueño?
¿manda en ella por ventura?

BARON. Si no mando, poco ménos;
con la dama que la habita
me unen lazos muy estrechos.
y deberá ser mi esposa
dentro de muy poco tiempo.
¿Me he explicado lo bastante?

EDUAR. Sí, señor; y ahora comprendo
que alega una autoridad
y supone unos derechos,
que si he de hablar con franqueza,
no infunden ningun respeto.
Hay mas; no siendo aún el amo,
puede que no llegue á serlo,
todo cabe en lo posible.

BARON. ¿Pondrá usted impedimento?

EDUAR. Hombre, así absolutamente,
asegurarlo no puedo;
pero tal pudieran ser
de tal asunto los sesgos,
que Consuelo se casara
quedándose usted soltero.

BARON. Ese insulto no le admito,

y á ser usted caballero,
le hubiera puesto mi mano
ya en la cara.

EDUAR. Está usted lejos;
acérquese, y por la borda
(Señalando á la ventana.)
va á volar como un muñeco.

BARON. (Colérico, pero precavido.)
¿Á mí, á mí?

EDUAR. Á usted, á usted.

BARON. ¿Que esto sufra? ¡vive el cielo!

ESCENA IV.

DICHOS y CONSUELO.

CONS. ¿Qué voces? ¿qué ha sucedido?

JUANA. La señora.

BARON. Bien.

EDUAR. (¡Consuelo!)
Señora, á los piés de usted.

CONS. ¡Eduardo!! ¡cuánto tiempo!
(Estrechándole ambas manos con alegria y cariño.)
Sin verle y sin sus noticias.

EDUAR. Una eternidad.

BARON. (Sobresaltado.) (¿Qué es esto?)
¿Conoce usted al señor?

CONS. (Presentándole de la mano.)
Es don Eduardo Lemos,
acreditado marino,
oficial de gran concepto.
El Baron de la Azofaifa,
señor don Luis Canseco,
un amigo á quien distingo
y que merece mi aprecio.

BARON. Servidor.

EDUAR. Ya tengo el gusto...

BARON. Muchas gracias.

EDUAR. Agradezco.

CONS. Fué ilusion, ú oí al entrar
que hablaban un poco recio?

EDUAR. Fué una ligera cuestion
de mar; este caballero

me negaba que los buques
hicieran tiros certeros
entre el vaiven de las olas...
que perdido el centro bélico...
en fin, y yo deseaba
de buena fe convencerlo.

CONS. (Con mofa.) ¿Y usted qué motivos tiene...
para apreciar ciertos hechos?

BARON. Si yo no apreciaba nada...
sino que usted toma en serio
la historia que el señor cuenta.

EDUAR. Esa historia, caballero,
por ser una gran verdad
sepa usted que la sostengo.
Pero ahora no es del caso
de entretenernos en eso.
Lo que importa es realizar
los encargos que me hicieron.
Llegué de Cádiz, señora,
hace muy pocos momentos,
y cumpliendo lo ofrecido
apenas tomado suelo,
he venido á ver á usted,
con mucho gusto por cierto,
á hacerle triple visita
de doña Juana de Pedro,
de su hermana doña Elisa
y de su prima Loreto.

CONS. ¿Cómo están?

EDUAR. Lindas, muy lindas,
flores del vergel del cielo,
mas no tanto que compitan
con su parienta Consuelo.

CONS. Mil gracias...

EDUAR. No hay de qué darlas.
Que diga este caballero
si tengo razon ó no.

BARON. Yo si... la...

EDUAR. Re... mi... ¿no es cierto?

CONS. Y la Isabel de Baldon,
sigue tan loca?

EDUAR. Le dieron

unas calabazas fieras
la marina y el ejército;
á un oficial de la armada
le hablaba y al mismo tiempo
á un jefe de infantería:
cuando estos conocieron
la perfidia, la mandaron...

CONS. Es natural, á paseo,
eso se estaba esperando,
era muy coqueta, luégo
muy loca, muy gastadora,
téngala Dios en su reino.
(Tendiéndole la mano.)
¿Y á qué debemos la dicha
inexplicable de vernos?

EDUAR. ¿Lo ha olvidado usted quizás?
(Bajo.) ¿No recuerda un juramento?

CONS. Como despues me casé...
(El Baron se va acercando á escuchar, viendo que hablan bajo.)
cumpliendo fiel mi precepto
y enviudé, y la verdad,
de mi bermosura fuí viendo
caer las hojas más bellas...

BARON. (Se enamoran... ¡Vive el cielo
que he de vengarme!)
(Corriendo desesperado á coger el sombrero: tropezando con Juana.)

JUANA. Señor...
ay Jesús! está usté memo?

BARON. Lo que estoy desesperado...
á los plés de usted, Consuelo.

CONS. ¿Se va usted, Baron?

BARON. Sí, sí.

CONS. Pero volverá...

BARON. Hasta luégo.

JUANA. (Al oido de Consuelo.)
(¡Ay señora, cómo va!
es un tíguere.

CONS. Me alegro,
acompáñalo á la puerta,
no vaya á comerse al perro.

ESCENA V.

CONSUELO y EDUARDO.

CONS. ¡He sido tan desgraciada!
¡Sufrí tantos contratiempos
en mi anterior matrimonio,
tantas penas, tantos duelos!
que he quedado satisfecha;
y á no ser que borre el tiempo
los recuerdos que palpitan
de horrible luto en mi cerebro,
es difícil me decida
á abrir á otro amor mi seno.

EDUAR. No esperaba esa respuesta,
francamente, lo confieso.
Usted sabe que mi vida
la he consagrado en su obsequio,
que viendo los imposibles
de nuestro amoroso empeño,
pedí mandar un bajel
para rodar por el piélago
del mar inhospitalario,
de ese mundo bravo, inmenso,
para tratar de librarme
de ese cariño funesto,
ó de encontrar en las olas
asilo de olvido eterno.
Mas no fué así, no señora:
entre el huracan soberbio,
entre los rugidos roncos
de los espantosos truenos,
y en la luz de los relámpagos,
del cielo temibles fuegos,
sus dulces ecos oia,
via su imágen, Consuelo.

CONS. Esa conducta, Eduardo,
digna de mejor empleo,
se la aprecio tanto más
cuanto que no la merezco.

EDUAR. En cambio se me asegura
que es asunto ya resuelto

su boda con el Baron.

CONS. ¿Entre Eduardo y un necio
me supone usted capaz
de dudar? ¡Válgame el cielo!
el Baron es un amigo,
y como amigo le aprecio;
pero si él se ha formado
una ilusion, que no entiendo,
de ser dueño de mi mano.
de su error hallará el premio.

EDUAR. Murieron mis esperanzas.

CONS. Al gabinete pasemos
si usted quiere...

EDUAB. ¡Quién diria!

CONS. (Pobrecillo.) Allá veremos.

(Eduardo se alegra á las últimas frases de Consuelo, la da la mano y entran al gabinete.)

ESCENA VI.

JUANA, saliendo puerta derecha distraida y riendo. CURRO por el foro con paso precipitado y marcial quitándose la gorra.

CURRO. ¿Es aquí donde me aspera
er capitan?

JUANA. (Asustándose, pasando la transicion de risa á susto.)
¡Ay!

CURRO. ¡Salero!
¡Sebasté á asustar ahora
delante de un moso güeno.

JUANA. ¿Quién es usted?

CURRO. Lo diré
en cuanto suerte los remos,
que ma queao ar guiparla
con las calderas ardiendo.
¿Y... usté vive en esta casa?

JUANA. Yo sí, no lo estasté viendo?

CURRO. ¿Y usted me podrá el decirme
si pára aquí un cabayero
que es capitan de fragata,
más marino que San Termo,
con las patillas de órdago
á la grande... mu moreno,

más que la Vírgen de Regla,
madre de los marineros?
Bien plantao, con más arma
que un juracan.

JUANA. No comprendo
nada de lo que me dice.

CURRO. Po miste, yo no hablo en griego,
pregunto si er comendante
á echao ancla en este puerto.

JUANA. ¿Cómo se llama ese hombre?

CURRO. Es don...

JUANA. Eduardo Lemos,
¿uno que es mu liberal?

CURRO. (Acercándose á Juana, mirándola con curiosidad de arriba á bajo; aquella se va retirando.)
Que si, cabalito, er mesmo...
pero... ¿qué estoy yo mirando?
que me coman los cangrejos
los ojos, si no la he visto
yo asté cuando era pequeño
ahora diez meses... ¿Usted fué
allá por el demiferio
á la má de Cartagena
á remojarse er talego
de los pecaos mortales
arguna vez?...

JUANA. Es muy cierto.

CURRO. Por causaliá se yama
usté Juanita Conejo?

JUANA. Para servirlo.

CURRO. Mir gracias,
que tanto no me merezco.
Y no jase usté inventario
de esta humaniá, salero?
(Movimiento negativo de Juana.)
Po é una guasa, señá Juana.
Yo me yamo Curro Crespo,
por mal nombre Coralito,
naturá de Cadi mesmo.
¿Usté nunca ha estao en Cái?
(Negacion de Juana.)
Po no ha visto usté lo güeno;

po en esa tierra é nasío,
en la plasa er Mentiero,
¿aónde está una mujer
que frie tortillas? güeno,
la puerta de más abajo;
paese que la estoy viendo.

JUANA. Dijo usté que en Cartagena
nos vimos?

CURRO. Justo.

JUANA. (Te veo;
este es él, sus mismos ojos;
no hay duda, su mismo cuerpo.)
Y fué de noche. (Muy satisfecha y risueña.)

CURRO. Cabales;
no habia de sor ni esto.

JUANA. Miste qué Dios; ya se ve,
si era de noche.

CURRO. Por eso.

JUANA. Se acuerda usté? So tunante. (Fingiendo rubor.)

CURRO. Qué noche de macareo!
Er viento estaba cayao
entre las vergas durmiendo,
pegando esos suspiritos
que arruyan al marinero;
la resaca é la marea
tamien nos daba su aliento,
y los chivebes dormian
con los piquitos cubiertos;
la mar venia de afuera;
la luna alumbraha er cielo;
las oliya eran de plata...
y usté de oro, salero.

JUANA. Señó Coral, no me eche
más gargantillas al cuello,
que si aprieta usted, me ahoga
con tanto lujo y mareo.
Vaya, vaya, que traspaso.

CURRO. Me vasté ya conociendo? (Cogiéndole la mano.)

JUANA. Sí señó; está usted más fuerte
y tan guapo y tan moreno.

CURRO. Como no gasto sombrilla
y siempre al sereno duermo...

no es extraño.

JUANA. Y diga usted.
¿Se mantiene usted soltero?

CURRO. Abordo naide se casa.
¡Como jase tanto viento!!!
y aluégo despues la bula
de carne cuesta dinero,
y en los baicos nacionales
anda toito mu reuto.
Se ajustan cuentas mu sátiras,
tóo está montao ar pelo,
y no puede un hombre líquido
yevá allí boca é cangrejo.
¿Y usté, se casó?

JUANA. ¿Yo? ¡Quiá!
está perdío el comercio.
Si ya no se encuentra un hombre
que se case pa un remedio.

CURRO. ¡Vaya por Dió!

JUANA. Ya ve usted,
me mantengo aquí sirviendo.
y más ganas se me pasan
de irme por esos cerros...
que si pudiera explicarme...

CURRO. Me jago cargo, lo creo.
Pero... desplíquese usté,
jágaste rumbo direuto;
yo mandaré la falúa
de la Saniá, y si veo
que viene la cosa buena,
le daré entrada en el puerto.
Aluégo, en tomando tierra
allí nos entenderemos.
Yo cogeré la arsoluta,
compraré un vote velero,
y nos iremos juntitos
á tóo trapo, mar adentro,
á comernos uno á otro
como los lobos del cuento,
y en queándonos los rabos
hemos cumprío, y pas teco.

JUANA. Si á mí no me quiere nadie.

CENTRO INSTRUCTIVO

Como que no tengo mérito.

CURRO. ¿Se vasté á queá conmigo?

JUANA. ¿Yo qué vargo?

CURRO. Oigasté, cielo.
Es usté una fregatita
mu graciosa, mu bonita,
que en laigándola la ropa,
no hay mar, ni de agua bendita,
que le haga jundir la popa.
¡Qué salerosa! ¡qué linda!
¡Valiente casco, qué guinda,
qué pintaita, qué nueva!
La verdá; no hay mar de leva
que á esa quilla no se rinda.
En medio de un juracan,
de esas tormentas que tienen
po ajogarnos tanto afan
entre las olas que vienen
y entre las olas que van,
quisiera encontrarla á usté,
fregatita maravilla,
y la mar quisiera sé
pa anegarla ¡po un divé!
de la quiya á la periya;
y la yevarasté al fondo,
estasté, á lo más jondo
que diera lástima verla;
mas saldria, yo respondo,
si no fregata, hecha perla.

JUANA. Valiente nene!

CURRO. ¿Everiya?...

JUANA. (Haciendo una seña que calle.)
Oigo pasos por la sala,
álguien viene.

CURRO. Po chiquiya
echa á la má la potala
y acurrúcate en la tiya.

ESCENA VII.

DICHOS y CONSUELO.

CONS. Juana, que dispongan cena.

JUANA. Se queda ese caballero
á dormir?
CONS. Chica... ¿qué dices?
Á cenar tan sólo.
JUANA. Bueno.
CONS. Que no me escasees nada.
JUANA. Descuide usted.
CURRO. (Que desde que entró observa con curiosidad á Consuelo hasta ponerse al lado, y dice viéndola bien.)
¡Güen pellejo!
en quitándole er brindaje
á este baico, de allí ar cielo.
CONS. Qué es eso?
(Al oir las últimas palabras de Curro, sorprendida.)
JUANA. Nada, señora,
este es un marinero...
que buscaba al comandante.
CONS. El comandante está dentro,
quiere usted decirle algo?
necesitaba usted verlo?
CURRO. (Gorra en mano, volviéndosela á poner.)
Me dijo de que arribara
á estas playas, y cumpliendo
la consinia obliguitoria,
puse aquí la proba; pero...
á mí náa se me ofrece,
tengo tabaco y dinero,
la bodega abarrotá,
y tos los argibes yenos:
luégo estoy entretenio
con este enchiman velero,
yo pescando al currican
y eya á la potera...
CONS. (Consuelo, que ha estado mirando con atencion y benevolencia.)
¡Cielos!
¡qué lenguaje usa este hombre!
usté es andaluz, lo creo,
(Signo afirmativo de Curro.)
se le conoce en la cara.
(Al ver á Curro, que la contempla embobado.)
Pero hombre, qué está usted viendo?

CURRO. De que es usté más bonita
que un fueguecillo é San Termo,
y más jermosa que el sol
que despues de corré un tiempo
se asoma po entre las nubes
llenando la mar de fuego.

JUANA. (Celosa.) Mire usté que es la señora
á quien habla. (Movimiento de sorpresa en él.)

CONS. (Con sonrisa afectuosa.)
Chica, déjalo.

CURRO. Perdone usté, señorita,
si he dio metio en viento,
y he dao, vamo, un borcaso
que me he anegao hasta er pelo;
pos como somos tan frígiles
los hombres, y despues y aluégo
cuando venimos á tierra
nosotros los marineros (Con intencion.)
mos parece tan jermoso
(Movimiento satisfactorio de Consuelo, comprendiendo la galantería.)
lo que es... como no vemos
en mucho tiempo en la má
más jembra que los recuerdos
de nuestras madres y hermanas,
ó fatigada en los vientos
arguna probe gaviota,
nos gorvemos locos, memos,
cuando encontramos estrellas
de gracia y de carne y hueso;
pero misté, las fregatas
siempre le dan parlamento
y ayuda á los barcos chicos.
Se ha enfaado usté.

CONS. (Con cariño.) No.

CURRO. Güeno.
Perdone usté si ha ofendido
á un barco de cien morteros
una cachucha infeliz
que va con rumbos abiertos.

CONS. No se apure usted.

JUANA. No, no,

mi señorita Consuelo,
no...

CURRO. (Admirado.) Señora, usté se llama
ese nombre? ¡Cabayiero!
¡Consuelo!! pó si á ese santo
lo he oio yo entre los truenos
de la mar; entre el ruio
que los anises de yerro
hacian cuando ar Cayao
le dábamos nuestro afecto
con sambombasos de órdago.

CONS. ¿Allí estuvo usted? ¿es cierto?

CURRO. De la cinta de mi gorra
leasté, señora, er letrero?

CONS. ¡*La Blanca*! la que mandaba...

CURRO. (Quitándose la gorra y volviéndosela á poner.)
Sí, señora; er mesmo, er mesmo.
Pos bien; su nombre de usté
lo he visto escrito en los remos,
en los cañone, en la borda
y en la vitácora; pero
si usté ha díо con nosotros
roando por los elimentos,
corgáa en el camarote
de mi amo como un espejo.
¡Si no conozco otra cosa
que asté!

CONS. ¿Y diga usted?... ¡Cielo!

CURRO. Usté es novia de mi amo?
sin guasa ni macareo,
sin andá de güerta y güerta
como se anda en un freus.

CONS. No sé... mas lo que usted dice
es verdad?

CURRO. (Con gravedad.) Yo nunca miento;
soy andalú.

CONS. (Descreida y triste.) ¡Ah!

CURRO. (Cruzando las manos.) Señora,
de mí no haga mar conceuto:
por este puñao de cruces
que estoy apretando y beso, (Haciéndolo.)
y la salú de mi madre,

que es lo que en el mundo quiero,
que es la pura.

CONS. (Fuera de sí.) Si eso fuera!
Perdone usté un momento,
(Entra en el gabinete apresurada, y vuelve cuando el diálogo lo marca.)

JUANA. (Celosa.) Es usté mú enamorao...

CURRO. Se vasté á pique, salero!
vasté á darme ahora bombeta...
pueo yo creeme en er conseuto
de mandá un buque blindao
con los cayos de los remos?

JUANA. Como usted se difigura
que toito el monte es orégano...

CURRO. Otavía soy yo chico...

CONS. Entretenido lo dejo
con los periódicos... ¡Ah! (Á Curro.)
deciamos...

CURRO. No me acuerdo.

CONS. ¿Su capitan de usted ama
con su alma á esa Consuelo?

CURRO. Sí, señora; como ama
la bonanza er marinero,
como ama er peje el agua;
cuar quiere la vela el viento,
y como un náufrago adora
entre una borrasca un puerto.

CONS. Y le oyó usté hablar de mí?
(Asomándose Lemos tras el portier.)

CURRO. ¡Ay, señora, qué mareo!
¿no le dicho asté que sí?
¿quié usté que escriba letreros
con carbon por las paderes,
que digan?...

CONS. Perdona...

CURRO. Eso
no me lo digasté á mí;
pero yo decirle debo
que ese hombre que la quiere
es un hombre de lo güeno;
argunas veces se enfáa
conmigo, se pone serio,

y si lo miro me enseña
una geta como un negro,
me laiga un empujoncillo,
me jago yo er triste, y luégo
me da dos ó tres pistrinas
paque le traiga vegueros;
se los traigo, los registra,
murmura que no son güenos
y me los tira á las manos,
diciendo: «no fumo eso,»
fúmatelos tú, tunante.
Y yo me agacho y lo enciendo
y me voy á la alamea
llenando é jumo er pasedo.

CONS. Conque tiene mal carácter?

CURRO. Cá, no señora, muy güeno,
es más jermoso que er sol
y más suave que er sebo,
más trasparente que el agua,
con un corazon más tierno
que la espumilla que vuela
cuando hace la mar plumeros.
Á su lao nunca hay probes;
es el ángel der consuelo,
es más durce que las mieles
de las abejas...

CONS. Te creo.

CURRO. Po no me ha de creer usté?
Oigasté: los que nos vemos
expuesto entre los peligros
de las mares y der cielo,
con una Vírgen der Cármen
clavaita en nuestro pecho,
la que nos dió nuestra madre
al salir al elemento,
rompiendo la mar bravía
y deshaciéndose el cielo,
vemos á Dios en las nubes,
en los tumbos verdinegros
de la má; entre el espanto
del juracan más tremendo.
Y lo sentimos, que viene

ese Dios entre los negros
celajes de la tormenta,
en medio de nuestro miedo
á decirnos al oido...
«Yo salvo siempre á los güenos.»
Sí, los marinos, señora,
hablan con Dios; toitos semos
si no santitos de cera,
hombres puros, hombres reutos.
Quierasté á mi comendante,
no le dé usté malos vientos;
ábrale usté la bahia.
déjelo usté colá entro,
y vasté á dí viento en popa
jasta que le dé el gran sueño.

CONS. ¿Qué sueño?

CURRO. Aquel que la muerte
nos da á toos para remedio.

CONS. Gracias...

(Haciéndole un saludo á Curro y alargándole la mano.)

CURRO. Vayasté con Dio.

EDUAR. (Que se ha asomado tras el portier y ha oido el diálogo.)
¡Cómo me quiere y le quiero!
Pobrecillo, pobrecillo.

CURRO. Qué me dasté aquí? ¿qué es esto?

CONS. Tome y compre unos tabacos.

CURRO. Pero señora...

CONS. Silencio.

(Váse haciéndole cortesía amable.)

ESCENA VIII.

CURRO, JUANA, luégo el BARON.

CURRO. Oye, mira, cinco duros.
(Mostrándoselos á Juana.)
¿Vamo á gastarlo al momento?
lo gastamo en blanduriya,
en piñones, en caramelos;
quieres tú un niño yoron;
quié que te compre un sombrero

con unas cintas que digan,
viva mi novio y mi cuerpo?

BARON. Dime, chica, y la señora? (Precipitado.)

JUANA. Allí está.

BARON. ¿Y aquel sujeto
que tuvo la avilantez...

JUANA. Con la señora allá dentro.

BARON. Allí?

CURRO. Valiente agua mala!
paese un rescasió en lo feo.

BARON. ¿Quién es este mameluco?

CURRO. ¿Qué dijo ese cabayero?

JUANA. Mamiluco!

CURRO. ¿Mamiluco!
pos ese bicho no creo
que sea de la mar salá!

BARON. (Despues de asomarse por el portier del gabinete.)
Gran Dios! en coloquio tierno
están. Vaya que esta casa
será un arsenal completo
bien pronto... ¡ah! las mujeres
se envilecen como negros.
¡Pero qué miro! ¿este bruto
se permite estar cubierto
delante de mí? Muchacho,
echa esa gorilla al suelo.

CURRO. Que me quite la gorreta?

BARON. Ahora mismo.

CURRO. Pues no pueo,
porque es prenda de uniforme
y debe estar en su puesto.

BARON. Pareces desvergonzado.

CURRO. Si lo soy de cuerpo entero.

BARON. Y jamás un puntapié
te arrimaron, villanuelo?

CURRO. Nunca, paese mentira!
¿no es verdad? pos es mu cierto,
y ar que tuviera ese antojo,
aunque fuera pa un remedio
que se lo hubiera mandao
para curarse algun médico,
se iba á quear con la pata

más tiesa que un mastelero.

BARON. Así te ríes y burlas,
(Paseando furioso y diatraido asomándose á la puerta del gabinete.)
infame, de un caballero?

CURRO. No eche usté la escandalosa,
no flamee usté los lienzos...

BARON. Ah, chica, toma esta esquela,
y dala al señor de Lemos.

ESCENA IX.

BARON y CURRO.

BARON. Yo deliro... yo estoy loco.
(Andando apresurado á grandes trancos.)

CURRO. Já, já, já!
(Viendo y reprimiéndose al encontrarse con su mirada.)

BARON. ¿Te mueven risas
mis dolores? te haré trizas. (Acometiéndole.)

CURRO. Alto, señó, poco á poco.
No me toque su mercé,
que mi cuerpo está sagrao.
(Levantándose un doblez de la camiseta y enseñándole la cruz del Callao.)

BARON. ¡Una cruz!

CURRO. (Descubriéndose y volviendo á cubrirse.)
La der Cayao...
conque así si... cáyese usté.

BARON. Una cruz! en cualquier pecho
hoy se pone, como si algo
valiera no siendo hidalgo;
¿qué es un timbre sin derecho?
Pobre cruz en seno necio
enclavada.

CURRO. Hable usté fuerte
que le oiga.

BARON. Bruto.

CURRO. De suerte
que me insulta!

BARON. Te desprecio.

CURRO. ¿Despreciarme á mí? ¿y por qué?

¿porque soy probe, señó?
y porque no yevo yo
un futraque como usté?
po esta camiseta ya
fué de las balas palangre,
y ha estao llena de mi sangre;
¿cómo llena? hasta empapáa:
y de la fiesta en la saña
viéndola salir desia...
«sal, sal pobre sangre mia,
de mi madre y de mi España,
sal, y la mar colorea,
déjame la vena rota,
dale hasta la última gota
á ese pabellon que ondea,»
¿qué era yo? un pobre grumete!
náa, una espumiya ar lao
de Mendez Nuñez er templao
y el mi amo Topote,
de Barcaistegui y Malcampo,
y de toos los demá,
que los deben coroná
con floreciyas del campo!
y no me digasté má
que me vasté á hace llorá,
ni me dé usté más enojo,
que voy en una empopá
y lo paso asté por ojo
sin poderlo remediá.

BARON. ¡Orgullo marino!!...

CURRO. ¿Si?

BARON. ¡Ah!! sois de orígen divino.

CURRO. ¿Sabe usté lo que é un marino?

BARON. ¿Yo?

CURRO. Se lo voy á disí:
pos un marino, señó,
es un hombre como usté;
me diquivoco, es mejó.
Con padre y madre y amó,
y esclavo de su debé.
Gaviota que deja er nio,
tiende sus alas al má,

crusa el espasio bravío
temblando de pena y frío,
engüerta en la tempestá.
Escura la mar se ve,
su casa se va perdiendo
porque va á un laigo corré:
er dia va escureciendo:
¿quién la lú gorverá á vé?
El barco se hundió entre er velo
de la negra escuriá;
va ayí un hombre sin consuelo
entre los mares y er cielo:
¿ese hombre gorverá?
¿Gorverá ese hombre á ve
á su madre y su mujé,
y á sus queridos hijitos,
que están como pajaritos
besos esperando de é?
¡Salió! Ónde yegará?
¿Adónde tomará tierra?
en lo jondo de la má,
arrojao por la guerra
ó por una tempestá?
¿Pero qué hablo, señó?
Creo que le dasté miedo
de lo que digo; es mejó
está en las Puertas del Só
ó en los Campos Elisedo
ar laito de una dama
que tenga en la córte fama,
que eche con los ojos lú;
que en cambio de una camama
le regale asté una crú.

(El Baron se mira la suya con admiracion, y mostrándola á Curro.)

Veo la de usté, señó mio,
enterado estoy de eso,
es verde... estasté perdido;
ya se la hubiasté comio
si le arcansára er pescueso.

BARON. (Preocupado.) No te entiendo, botarate.

CURRO. Hablamos los andaluces

mu mal! mas liando er petate,
le diré asté de que hay cruces
de sangre y de chocolate.
Esta es de sangre y trabajo,
cabayiero, la de usté
de chocolate y tasajo
que se toma en el café
con media tostá de abajo.

BARON. Con más insultos no puedo:
te escarmentaré, villano.

CURRO. Cáyese usté, no se entere
de lo que pasa mi amo.

BARON. Tanto mejor.

CURRO. ¿Sí? mejó?
pues largue usté toito er trapo;
arme usté una levantera
como aquella que hace años
una piedra de molino
sacó de un pozo bufando.
Venga viento, venga tela...

ESCENA X.

DICHOS y EDUARDO.

EDUAR. ¿Qué te sucede, muchacho?

CURRO. (Quitándose la gorra.)
Náa, que hay un barco pirata
que me está cañoneando,
y á mí no me cañonea
ni er que pisó el rey de bastos.

EDUAR. Silencio.

CURRO. Pero señó...

EDUAR. Silencio digo.

CURRO. Mi amo...

EDUAR. Basta. Siento, caballero...

BARON. ¿Verme tan mal empleado?...

EDUAR. No entiendo.

BARON. Porque disputo
con un marinero zafio.

EDUAR. No era eso lo que decia,
¡oh! no, caballero... y alto.
Si usted cruzó su palabra

con la de este muchacho
que en la guerra del Pacífico
estuvo siempre á mi lado
dando su sangre á la patria,
no desmereció su rango
de usted, no, que es un valiente.

CURRO. Bendito sean tus labios,
tu cuerpo y sus arrabales,
y el Dios que te hizo, mi amo,
y el padre que te parió,
y la madre que te ha dao
los huesos á donde yevas
el uniforme colgando.

(Pasándole la mano por la manga de la levita con entusiasmo contenido y respeto.)

EDUAR. Quita.

(Apartándolo con severidad fingida y tropezando su mano con la de Curro, que aprieta Curro por casualidad. Curro la coge y besa. Luégo se limpia las lágrimas con la manga de la camiseta.)

Puesto, caballero
que desea usté el escándalo
queriendo imponer... ¡locura!
con la fuerza de un mandato
la voluntad de una dama
que derechos no le ha dado,
sepa usted que no permito
tan imbécil desacato;
y á la fuerza con la fuerza
responderé. Vamos claros;
¿á la suerte de las armas
remite el soñado agravio?
Sea; elíjalas usted;
y hora y sitio.

CURRO. (Momento de silencio.) Sá cayao;
más que er Cayao de Lima;
la jindama lo ha anegao.

EDUAR. Nos entendemos: mediante
que encontrará usted al paso
padrinos, me lisonjeo
que tambien podré encontrarlos.

CURRO. Le va á rompé la vitácora.

ESCENA XI.

DICHOS y CONSUELO, que habrá oido el diálogo tras el portier. Juana mira á Consuelo.

CONS. Señores... (Con fingida tranquilidad.)
EDUAR. (¡Consuelo! Diablos.)
(Al Baron en voz baja.)
CONS. ¿Lemos! (Con aire de cariñosa reprension.)
EDUAR. ¿Señora!
(Mostrándole con gran intencion los galones de la gorra. Movimiento de conviccion y resignacion en Consuelo.)
CONS. Sí... entiendo.
EDUAR. (Saludando cortesmente á Consuelo y diciéndole al Baron.)
Soy de usted, Baron.
BARON. Bien.
EDUAR. Vamos. (Váse.)
BARON. Consuelo, siento en el alma
este incidente, y el caso
que lo promueve, quisiera,
mi buena amiga, explicárselo.
CONS. ¿Aún está usté aquí? (Con gravedad.)
BARON. (Con humildad.) Señora...
CONS. Que lo esperan. (Váse el Baron rehacio.)
CURRO. Lo ha majao,
lo ha hecho filastica.

ESCENA XII.

CONSUELO, CURRO y JUANA.

CONS. (Dejándose caer en el sofá enjugándose las lágrimas.)
¡Cielos! (Á Juana.) Tráeme agua.
CURRO. (Yéndose á Consuelo con respeto y riéndose.)
¡Ay, qué raro!
¿Señora; qué se cree usté
que es su novio? ¿qué es mi amo?
un titilimundi? vaya,
que está compuestito er barco.

(Juana le trae el agua, que bebe con trabajo Consuelo.)

Ánimo, valor y mieo,
como desia er sordao:
no hay que apurarse, señora;
llega mi amo al costao
de ese ponton jecho yesca,
trae armao el safarrancho,
le larga quina, le corta
de su pabellon er cabo;
le coge de la gayeta,
dos copas de amontiyao;
cuatro paliyos de dientes,
un puntapié y cinco cuartos.
Y el amo aluégo despues
vira en redondo, echa er trapo
con alas y arrastraeras:
viene por la mar inflao,
como una pavita, ¡ole!
¡puff! qué espuma viene echando!

CONS. Qué humor tiene usté y qué calma!

CURRO. (Quitándose la gorra y acercándose.)
¿Por qué, señora, he fartao?

CONS. No sé, mas si hubiera sido
yo usted...

CURRO. Te comprendo, pato:
lo hubiera seguio, ¿no?
mu bien, ya estoy embarcao. (Váse.)

ESCENA XIII.

CONSUELO y JUANA. Consuelo, en el sofá, llorando.

JUANA. No se apure usted, señora...
no llore usted. Vamos, vamos,
sosiéguese, que quizás
ha de volver sano y salvo.

CONS. Dime, crees tú que el Baron
tendrá alma?

JUANA. Sí, de cántaro.

CONS. No digas eso.

JUANA. ¡Señora!
¿quiere usté poné ese emplasto

dao de crema y colorete,
con el señorito Eduardo?
:qué moreno tan gracioso
es! ¿no es verdad? qué salado,
y aluégo... qué liberal!
¿Pos y Coral, qué pedaso
es de gatera?... qué ojos
tiene tan desvergonzados;
qué boca tan gitanilla;
¡ay, señorita! ¿y las manos?
¡qué atrevidas!

CONS. ¡Oh, muchacha!
te extralimitas.

JUANA. ¿Me callo?

CONS. Habla, pero de otra cosa.

JUANA. Está muy bien: pues variando
de conversacion, diré
que al señorito Eduardo
lo debe usté de querer
con el alma, que es muy guapo.

CONS. Tienes razon: decidida
estoy á darle mi mano.

JUANA. Y yoó, como dijo un rey
no sé si de copa ó bastos.

CONS. ¿Qué rey, chica?

JUANA. Er que rabió.

CONS. Pero esos campanillazos...
¡oh Dios mio, será!... Corre...
(Á Juana, que corre á abrir.)
¡ay! á mí me vá á dar algo...
ya abrieron... ¡qué será, cielos!
Sí; ya se acercan los pasos...
¡Ah! ¿qué sucede?

JUANA. No sé!
(Mirando á Coralito. Dudosa.)
no ve usted, viene jadeando...

ESCENA XIV.

CURRO, CONSUELO, JUANA y despues EDUARDO.

CONS. Explíquese usted.

CURRO. (Jadeante.) ¿Quizá

es arguno una escopeta,
un pájaro, una trompeta?
déjeme usté descansá.

CONS. ¿Qué es de tu amo? dilo aprisa,
que sobre mi alma caen
fieros duelos.

CURRO. Ahí lo traen
muerto...

CONS. (Amparándose de Juana.)
¡Dios mio!...

CURRO. (Riendo á carcajadas. Transicion violenta.)
De risa.

CONS. ¡Ah! (La misma transicion aunque dudosa.)

JUANA. (Entre confundida y sonriente.)
¡Qué hombre!

CURRO. Escúcheme á mí.
Mi amo abajo esperó
á ese hombre que le dió
cita, pá er ferro-carrí.
Qué hace mi amo? á un amigo
le dice la noveá,
lo aceuta, va de testigo,
y pone er rumbo hácia yá.
Á la estacion arribaron.
«¿Hay aquí un Baron?» dijeron,
pero no les contestaron;
las mujeres se alegraron
y los hombres se rieron.
Sonó la campana y hora
y cá cual cogió su lios
á tropesones, señora,
y ar fin la licomitora
se fué pegando sirbios.
Pos güeno, mi amo cargao,
fué y le preguntó á una taifa
que anda allí por un lao
po er Baron de la Azofaifa,
y le ijeron «sa marchao.»
Mi amo entónce hecho un anafe
dijo ardiendo: ¿Cabayero,
á dónde ha dío? á Getafe,
cuidá de un gayinero.

Entónces su amigo fué
y me le cogió po un asa,
es desí, po un braso, pué.
Como semos alcarrasa...
y pa aquí... mírelo usté.

CONS. Eduardo...
(Cogiéndole las manos llena de efusion.)
Desvarío!

EDUAR. ¡Á qué me aprietas las manos
si el corazon tienes frio!

CONS. Rómpanse ya los arcanos;
yo soy tuya... serás mio?

CURRO. (Con movimiento de calofrio que comunica á Juan: ambos se contemplan como dos bobos.)
Dime, querida Juanita,
te da la muerte chiquita.

JUANA. Yo no sé lo que me da;
¿y á ti?

CURRO. ¿Á mí? Y á tí pos pita,
vamos á ver la verdá.
(Cogiéndola por la mano y presentándola á los seseñores, ambos con los ojos al suelo.)
Señora, mi comendante,
como usté ha puesto la quiya
á ese navío gigante,
¿podré yo á esta barquiya
darle sebo?

CONS. ¡Ah!

EDUAR. Adelante.
Bien, corriente, bueno, y qué?
Ven acá.

CURRO. (Con humildad.) ¿Qué manda usía?
(Eduardo y Consuelo se han entendido respecto á Juana y Curro.)

CONS. (Al oido de Juana.)
Juanita.

JUANA. Señora!

CONS. Escucha.
(Juana y Curro oyen con impaciente alegria lo que sus amos les dicen, abrazándose fuera de sí uno al otro.)

CURRO. ¡Ole, viva mi cachucha!

JUANA. ¡Ole, viva Andalucía!
EDUAR. Sed honrados.
CURRO. Como usté.
Lo seremos, sí señó,
¿no es verdá, Juana?
JUANA. Sí, á fe.
CURRO. Y si no lo fueres!...
JUANA. ¿Qué?
CURRO. Nada, que soy español,
y sabe er grito de guerra,
¿qué dirá al vé mi deshonra?
el que á los malos aterra.
JUANA. Cuál?
CURRO. Viva España con honra.
El de los MARINOS EN TIERRA.

FIN.

CENTRO INSTRUCTIVO DE OBREROS

NOTA. Debemos advertir que el papel de Juana, pertenece á la *graciosa*, habiéndolo estrenado la primera actriz, doña Cándida Dardalla, por deferencia al autor.